La absolutamente última actuación de «Corista»
PATRICIA HIGHSMITH

La absolutamente última actuación de «Corista»



PATRICIA HIGHSMITH

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Me llaman *Corista,* y en el aire se elevan gritos que dicen *«¡Corista, Corista!»,* cuando balanceo la pierna izquierda, luego la derecha, etc., etc. Sin embargo, antes, y hace de ello diez o quizá veinte años, me llamaban *Jumbo Junior,* por lo general solamente *Jumbo.* Ahora, todos me llaman *Corista.* Seguramente mi nombre está escrito en la plancha de madera que hay fuera de mi jaula, juntamente con la palabra «África». La gente mira la tabla, a veces dice «África», y luego comienzan a gritarme: *«¡Corista,* hola *Corista!»* Y cuando balanceo las piernas se produce un leve alboroto de alegría.

Vivo sola. Jamás he visto a otro ser que sea igual que yo, por lo menos en este lugar en el que ahora me encuentro. Sin embargo, recuerdo que cuando era pequeña seguía a mi madre a todas partes, y también recuerdo a muchos seres iguales que yo, pero mucho más grandes, así como algunos que incluso eran más pequeños. Recuerdo que seguí a mi madre por una inclinada pasarela de madera por la que entramos en un barco, un barco un tanto frágil y movedizo. A golpes alejaron a mi madre de mi lado obligándola a descender por la misma madera por la que habíamos subido, y yo me quedé en el barco. Mi madre, que quería estar conmigo, levantó la trompa y chilló. Vi que la ataban con cuerdas y que diez o veinte hombres tiraban de ellas para contener a mi madre. Alguien disparó un tiro contra ella. ¿Se trataba de una bala mortal o de una con droga? Nunca lo sabré. Esas últimas balas huelen diferente, pero yo tenía el viento en contra. Sólo sé que mi madre se derrumbó poco después. Yo me encontraba en cubierta, lanzando agudos gritos, propios de una cría de corta edad. Luego, me pegaron un tiro con droga. Por fin el buque se puso en movimiento, y al cabo de mucho, mucho tiempo, durante el cual casi siempre dormí y comí en una caja en penumbra, llegamos a otra tierra, en la que no había bosques ni hierba. Me metieron en otra caja, hubo más movimiento, y fui a parar a un sitio con suelo de cemento, duras piedras por todas partes, rejas y gente que olía muy mal. Pero lo peor era que me sentía sola. No había otros seres de mi edad. No tenía madre, ni simpático abuelo, ni padre. No podía jugar. No podía bañarme en ríos de embarradas aguas. Estaba sola, con las rejas y el cemento.

Pero la comida era buena y abundante. También había un hombre de simpático trato que cuidaba de mí. Aquel hombre se llamaba Steve. Iba siempre con una pipa entre los dientes, pero casi nunca la encendía, se limitaba a llevarla en la boca. A pesar de la pipa, el hombre hablaba y pronto comprendí lo que decía o, por lo menos, el significado general de sus palabras.

-¡Arrodíllate, *Jumbo!*

Y me daba una palmada en las rodillas, lo cual significaba que quería que me arrodillara. Si levantaba la trompa Steve daba una palmada para indicar que mi actitud le gustaba, y me lanzaba a la boca un puñado de cacahuetes o una manzana pequeña.

Me gustaba que Steve se montara a horcajadas en mi espalda, estando yo arrodillada. Luego, me ponía en pie, y así paseábamos por la jaula. La gente al verlo batía palmas, principalmente los niños pequeños.

En verano, Steve me protegía por medio de un flequillo de cordeles que ató a mi cabeza de las moscas que me atacaban los ojos. Steve regaba el suelo de cemento, en su parte a la sombra, de manera que yo podía tumbarme allí y estar fresca. También me regaba a mí. Cuando me hice mayor, Steve se sentaba en mi trompa y yo le levantaba en el aire, teniendo buen cuidado de que no se cayera, ya que no tenía sitio alguno donde agarrarse, como no fuera a la punta de mi trompa. También en invierno Steve me prodigaba atenciones especiales cuidando de que tuviera la paja suficiente, e incluso algunas mantas, cuando hacía mucho frío. En un invierno que fue muy crudo, Steve trajo una caja, de la que salía algo parecido a una cuerda, y esta caja me lanzaba aire caliente. También me cuidó durante una enfermedad que tuve, causada por el frío.

La gente de este lugar se toca con grandes sombreros. Algunos hombres llevan cortas armas de fuego al cinto. De vez en cuando, uno de estos hombres se saca el arma y dispara un tiro al aire con la idea de asustarme a mí o a las gacelas que viven en la jaula contigua y a las que veo a través de las rejas. Las gacelas reaccionan violentamente, pegan un salto en el aire y

luego se amontonan, todas juntas, en el rincón más lejano de su jaula. Es un espectáculo lamentable. Cuando llega Steve o algún otro cuidador, el hombre que ha disparado ya ha vuelto a colgar del cinto su arma, y no se distingue en nada de los demás que hay en los contornos, los cuales se ríen y no parecen dispuestos a decir quién ha disparado.

Esto me recuerda uno de los momentos más agradables de mi vida. Hace unos cinco años venía un tipo gordo y con la cara roja que, en dos o tres domingos, disparó su ruidosa arma al aire. Esto me irritaba, aunque jamás hubiera osado dar muestras de ello. Pero el tercer o cuarto domingo en que ese individuo disparó su arma, tomé un buen sorbo de agua del abrevadero, y la lancé sobre el individuo, con toda mi fuerza, a través de las rejas. Le di en el pecho y se cayó de espaldas, patas al aire, con sus altas botas. Casi todos los que formaban el grupo, fuera de la jaula, se rieron. Unos pocos parecieron sorprendidos o enojados. Algunos me arrojaron piedras, que o bien no me dieron o pegaron contra las rejas, rebotando en otras direcciones, o bien no me hicieron daño. Entonces, llegó corriendo Steve -quien había oído el tiro- y pude advertir que se había dado exacta cuenta de lo ocurrido. Steve se rió, pero dio unas palmaditas en la espalda del hombre mojado, procurando así calmarle. El hombre probablemente negaba haber disparado. Pero vi que Steve me dirigía un movimiento de la cabeza, como diciendo que sí, que indicaba que aprobaba mi conducta. Se me antojó que a Steve incluso le había gustado mi acto, y aquel día me sentí muy orgullosa de mí misma. Las gacelas se habían adelantado tímidamente y, a través de las rejas, miraron al grupo de hombres de fuera, y también me miraron a mí. Incluso soñé en coger al hombre mojado, o a cualquier otro como él, y oprimir su blando cuerpo hasta matarle, y luego, pisotearle.

Durante los tiempos en que Steve estuvo conmigo, que quizá se prolongaron treinta años, de vez en cuando paseábamos por el parque, y los niños se subían a mi lomo. Esto era divertido, una agradable novedad en mi manera de vivir. Pero el parque en nada se parece a un bosque. Sólo hay unos cuantos arbolitos que crecen en la dura y seca tierra. Casi nunca está húmedo. La hierba es muy corta, y me permitían arrancarla por lo menos en la cantidad que yo quería. Steve lo dirigía todo, me dirigía a mí, y llevaba algo parecido a un palo, pero que estaba hecho de cuero trenzado, con lo que me daba toquecitos, para orientarme en ésta o aquella dirección, para que me arrodillara, para que me levantara, o para que me sostuviera solamente con las patas traseras, junto a la salida del parque. (Más aplausos.) Steve no necesitaba el palito, pero éste formaba parte de la comedia, lo mismo que el que yo diera un paseo, recorriendo un trayecto en círculo un par de veces, lo cual era muy aburrido, antes de levantarme sobre las patas traseras. También sabía sostenerme solamente con las patas delanteras, si Steve me lo pedía. Recuerdo que en aquellos tiempos, yo tenía mejor carácter que ahora, y sin que Steve me lo dijera, evitaba pasar por debajo de ramas bajas, para que éstas no derribaran a los niños que llevaba en el lomo. Pero si ahora tuviera las oportunidades de aquellos tiempos, dudo mucho que me comportara tal como lo hacía antes. Exceptuando a Steve, ¿qué me han dado los hombres? Ni siquiera hierba bajo los pies. Ni siquiera la compañía de otro ser como yo.

Ahora que soy algo más vieja, con las patas más pesadas y con un carácter menos paciente, ya no paseo a los niños, pero la banda de música todavía toca los domingos por la tarde, en verano. Interpreta *Take Me out to the Ball Game* y, últimamente, *Hello Dolly!* A veces siento deseos de volver a pasear de nuevo con Steve, y también de volver a la juventud. Pero, ¿para qué? ¿Para pasar más años en este lugar? Ahora, me paso más tiempo tumbada que en pie. Me tumbo al sol que me parece que no calienta tanto como antes. Las ropas de las personas han cambiado un poco, y ya no hay tantas armas y tantas botas, pero los hombres y algunas mujeres siguen tocándose con los mismos sombreros de anchas alas. Siguen arrojándome los mismos cacahuetes, no siempre pelados, que yo solía pedir con tantas ansias, por el medio de sacar la trompa por entre las rejas, cuando era más joven y tenía más apetito. Siguen tirándome palomitas de maíz y galletas. Los sábados y los domingos no siempre me tomo la molestia de ponerme en pie. Esto enfurece a Cliff, el nuevo y joven cuidador. Cliff

quiere que actúe igual que en los viejos tiempos. Si no lo hago no se debe tanto a que estoy vieja y cansada como a que Cliff no me gusta.

Cliff es un hombre alto y joven, con el pelo rojo. Le gusta presumir, haciendo restallar un largo látigo ante mí. Imagina que mediante ciertos golpes y órdenes puede obligarme a hacer cosas. Tiene un bastón con un pincho metálico en la punta, que resulta muy molesto, aunque no me rompe la piel, ni mucho menos. Steve me trató como un ser trata a otro, trabando conocimiento conmigo, y sin presumir de que yo haría lo que él quisiera. Ésta es la razón por la que Steve y yo nos llevamos bien. Cliff no me quiere y, por ejemplo, no hace nada para protegerme de las moscas en verano.

Desde luego, cuando Steve se retiró yo seguí dando los paseos de los sábados y los domingos, con niños en el lomo, y alguna que otra vez también con adultos. En cierta ocasión, un domingo concretamente, un hombre, que también quería alardear, me clavó las espuelas, entonces, yo incrementé un poco mi velocidad, lo cual hice porque quise, y no me agaché al pasar por debajo de una rama baja, sino que, por el contrario, pasé por allí deliberadamente. La rama era tan baja que el hombre no pudo evitarla, con lo que fue limpiamente derribado, aterrizó de rodillas y se quedó allí aullando de dolor. Esto produjo un gran alboroto, el hombre estuvo quejándose y gimiendo durante un rato, y, lo que fue peor, Cliff se puso de su parte con lo que intentó congraciarse con aquel hombre por el medio de decirme cosas a gritos y de pincharme con el palo. Yo resoplé de rabia, y me gustó ver cómo la multitud retrocedía aterrada. Sí, me tenían miedo. Estaba muy lejos de mí la idea de embestir a aquella gente, aunque ciertamente me hubiera gustado hacerlo, pero obedecí a los pinchazos de Cliff y me fui al fondo de mi jaula. Cliff me decía cosas entre dientes. Yo tomé un buen sorbo de agua y Cliff lo vio y se retiró. Pero volvió después del anochecer, cuando el parque estaba desierto, con las puertas cerradas, y me propinó una azotaina y me regañó. La azotaina no me hizo ningún daño, pero seguramente dejó agotado a Cliff quien, cuando se fue, se tambaleaba.

El día siguiente apareció Steve, en una silla de ruedas. Tenía el cabello blanco. No le había visto quizá en tres o cuatro años, pero seguía siendo el mismo, con su pipa entre los dientes, la misma voz amable, la misma sonrisa. Llevada por la alegría, balanceé las patas, dentro de la jaula, y Steve se rió y me dijo algo agradable. Había traído unas cuantas manzanitas rojas, para dármelas. Y, en su silla de ruedas, entró en la jaula. Esto ocurrió muy a primera hora de la mañana por lo que en el parque no había casi nadie. Steve dijo algo a Cliff e indicó el palo con el pincho, que Cliff llevaba, de tal manera que pude comprender que Steve decía a Cliff que debía prescindir del palo.

Luego Steve me dirigió una seña: «¡Arriba! ¡Levántame, *Corista!*»

Comprendí lo que Steve quería. Me arrodillé, puse la trompa debajo de la silla de ruedas de Steve, lo cual hice de lado, para que Steve pudiera cogerse a la punta de mi trompa con la mano derecha, y apoyarse con la izquierda en mi frente, manteniendo así el equilibrio. No me puse en pie, por temor a que se me cayera la silla de ruedas con Steve encima, pero le levanté a bastante altura. Steve se rió. Y yo dejé la silla en el cemento, suavemente.

Pero esta visita de Steve ocurrió hace años. Y no fue la última. Me visitó dos o tres veces más en su silla de ruedas, aunque nunca lo hizo en los dos' días de la semana en que hay más gente en el parque. Ahora, hace unos tres años que no he visto a Steve. ¿Ha muerto? Siempre que pienso en esta posibilidad, me pongo triste. Pero es igualmente triste tener esperanzas de que Steve aparezca una de esas mañanas en que hay poca gente, y advertir que Steve no se encuentra entre los pocos visitantes. A veces, levanto la trompa y con un gran mugido manifiesto la tristeza y desilusión que me produce el que Steve no venga. Mis mugidos parecen divertir a la gente, lo mismo que ocurrió con los de mi madre en el muelle, al no poder regresar a mi lado. Cliff no me presta la menor atención, y se limita a taparse las orejas con las manos, si es que se encuentra cerca.

Esto me trae al presente. Ayer, vino al parque la multitud de todos los domingos, y quizá mayor aún. Había un hombre vestido de rojo y con barba blanca que agitaba una campana que

sostenía en la mano, y que iba de un lado para otro, hablando a todos, principalmente a los niños. Este hombre viene de vez en cuando. Los visitantes llevaban cacahuetes y palomitas de maíz para arrojar por entre las rejas de mi jaula. Como de costumbre yo alargaba la trompa por entre los barrotes y abría la boca, para ver si alguien tiraba con buena puntería un cacahuete. Alguien arrojó un objeto redondeado dentro de mi boca, y yo creí que se trataba de una manzanita roja hasta que la aplasté con las mandíbulas, en cuyo momento comencé a sentir un horrible picor en la boca. Al instante cogí agua con la trompa, me enjuagué la boca y escupí. No había tragado ni la menor pizca de aquel objeto, pero todo el interior de mi boca ardía. Tomé más agua, pero sentí poco alivio. El dolor me obligaba a apoyarme ahora en una pata ahora en otra, y por fin, llevada por el sufrimiento, me puse a trotar alrededor de la jaula. La gente se reía y me señalaba con el dedo. Esto me enfureció. Como pude, tomé un gran sorbo de agua, y me dirigí, con aire más o menos tranquilo, a la parte frontal de la jaula. Manteniéndome un poco apartada de la reja, para poder alcanzarlos a todos, solté el agua con todas mis fuerzas.

No cayó al suelo ni uno, pero por lo menos veinte personas se tambalearon, chocaron entre sí, y quedaron, durante unos instantes, con el aliento cortado y cegados. Me fui al abrevadero y cogí más agua, lo que fue una buena medida, ya que la multitud también se había armado. Piedras y palos, cajas vacías de galletas, objetos de todo género llegaban volando hacia mí. Apunté al hombre más corpulento, lo derribé y empleé el resto del agua para mojarlos a todos una vez más. Una mujer chillaba pidiendo socorro. Otros emprendieron la retirada. Un hombre sacó un arma y la disparó contra mí, pero no me dio. Alguien sacaba otra arma, a pesar de que sobre el hombre que había disparado en primer lugar se había abalanzado ya otro hombre. Una bala me hirió en la paletilla, aun cuando no penetró en mi cuerpo sino que tan sólo me desgarró la piel. Una segunda bala me saltó la punta del colmillo derecho. Llevando en la trompa toda el agua que quedaba en el abrevadero, proyecté un chorro sobre uno de los que esgrimían armas de fuego, dándole de lleno en el pecho. El golpe hubiera debido bastar para quebrarle los huesos. De todas maneras, el hombre salió volando por los aires, hacia atrás, y, al caer, derribó a una mujer. Considerando que había ganado aquel asalto, a pesar de lo que me quemaba la boca, me retiré prudentemente a mi dormitorio (también de cemento), en donde las balas no podían alcanzarme. Sonaron tres disparos más, que despertaron ecos en el vacío espacio cerrado. No sé contra qué dieron los disparos, pero lo cierto es que no me alcanzaron.

Olía la sangre que manaba de mi paletilla. Todavía estaba muy enojada, de modo que jadeaba en vez de respirar, y, casi con sorpresa por mi parte, me descubrí a mí misma en el acto de taponar la entrada de mi dormitorio con las balas de paja que había allí. Derribaba las balas de paja del montón que formaban junto a las paredes, y las empujaba con trompa y patas, y con la trompa conseguí amontonarlas hasta una altura de ocho o nueve balas, con lo que cerré la entrada, salvo un orificio en la parte superior. De todas maneras, aquello me protegía definitivamente de los disparos. Pero ahora ya nadie disparaba. Oí la voz de Cliff, en el exterior, gritando a la multitud.

-¡Cálmate, *Corista*, cálmate! -me dijo Cliff.

Estaba acostumbrada a esta frase. Pero jamás había percibido el tono del miedo, como un temblor, en la voz de Cliff. Desde luego la multitud tenía la atención puesta en él. Cliff tenía que hacer una demostración de poderío, de ser capaz de dominarme. Esta idea juntamente con la antipatía que sentía hacia él me indujo a actuar de nuevo. Con la cabeza empujé la barricada que yo misma había construido. Cliff había estado tirando de la bala que se encontraba en la cumbre, y, ahora, todas las balas cayeron encima de él.

La multitud lanzó un grito, un chillido de miedo.

Vi las piernas de Cliff, sus negras botas, pateando debajo de las balas de paja.

Sonó un disparo, y en esta ocasión me dio en el costado izquierdo. Cliff empuñaba un arma, pero no era la suya la que había disparado. Ahora, Cliff se estaba quieto. Y yo también. Esperaba que de la multitud surgiera otro tiro, que alguien volviera a disparar.

Pero la multitud se limitaba a mirarme. Yo les dirigía furiosas miradas, con la boca entreabierta. La parte interior de la boca todavía me ardía.

Dos hombres uniformados, los dos del lugar, llegaron junto a la puerta lateral de mi jaula. Portaban armas largas. Me quedé quieta, sin hacer nada, sin apenas mirarlos. Enloquecidos y excitados como se hallaban, hubieran podido disparar sobre mí, llevados por el miedo, si yo hubiera dado el más leve síntoma de ira. Comenzaba a recuperar el dominio de mí misma. Y la idea de que quizá Cliff hubiera muerto me causaba placer.

Pero Cliff no había muerto. Uno de los dos hombres se inclinó sobre él, apartó una bala de paja, y vi que la pelirroja cabeza de Cliff se movía. El otro hombre me golpeó groseramente con la punta de su arma, empujándome hacia el interior del dormitorio. Me decía algo a gritos. Di media vuelta y sin prisas me adentré en mi dormitorio cuyo suelo estaba desordenadamente sembrado de balas de paja. De repente, me sentí mal, mientras la boca seguía doliéndome. En la puerta apareció un hombre cuya arma me apuntaba. Le miré con calma. Vi que Cliff se ponía en pie. El otro hombre hablaba a Cliff en tono irritado. Éste habló y agitó las manos, pero presentaba un aspecto impropio de él, muy diferente al habitual. Tenía las piernas inseguras y no hacía más que bajar la cabeza.

Luego un hombre con el cabello gris, aunque no tanto como el de Steve, llegó a la puerta, en compañía de otro hombre que llevaba un saco. Entraron en la jaula. Los dos se acercaron mucho a mí y me miraron. De mi costado izquierdo manaba la sangre que caía en el cemento. El hombre del cabello gris habló a Cliff en tono irritado, y siguió hablando cuando Cliff le contestó, de modo que sonaron al mismo tiempo dos chorros de palabras. El hombre del cabello gris indicó la puerta de la jaula, ordenando a Cliff que se fuera. Recuerdo vagamente los instantes siguientes, debido a que el hombre con el saco me puso una tela en la boca y la ató firmemente. También me dio un pinchazo con una aguja. Durante la conversación a gritos, me había tumbado. La tela tenía un sabor fresco pero horroroso, y me sumí en un sueño terrible, durante el cual vi animales como grandes gatos, dando saltos de un lado para otro y atacándome. Vi a mi madre, vi a mi familia. Una vez más vi verdes árboles y alta hierba. Pero tenía la impresión de morirme.

Cuando desperté ya había oscurecido, y en la boca llevaba algo grasiento, pero ya no me dolía, y el costado sólo me dolía un poco. ¿Era eso la muerte? Probablemente no, ya que percibía el olor a paja de mi dormitorio. Me puse en pie, y me mareé. Vomité un poco.

Luego oí el metálico sonido de la puerta lateral al cerrarse. Reconocí el sonido de los pasos de Cliff, a pesar de que él procuraba que sus botas no hicieran ruido. Pensé que lo mejor era salir de mi pequeño dormitorio, que era como una trampa, ya que la puerta era la única salida, pero me sentía tan adormecida que no podía moverme. Apenas podía distinguir a Cliff, arrodillado, con un saco igual al que había llevado el otro hombre. Luego percibí el mismo olor sutil y dulzón que el otro hombre me había puesto en la nariz. Incluso Cliff dio un respingo y volvió la cabeza hacia otro lado, luego se acercó corriendo a mí, me arrojó una tela sobre la nariz, y la ató prietamente con una cuerda. Agité la trompa y propiné un golpe con ella en la cadera de Cliff, que le derribó. Con la trompa golpeé su cuerpo caído, antes animada por el deseo de quitarme el trapo que por la intención de herir a Cliff, quien se retorcía y gemía. La cuerda cedió, y con una sacudida de la cabeza conseguí liberarme de ella. Fue a caer sobre el pecho y las piernas de Cliff, despidiendo un hedor malo, peligroso. Salí a la jaula en busca de aire más puro.

Jadeante, Cliff se estaba poniendo en pie. Salió en busca de aire, luego regresó a toda prisa al interior, farfullando, cogió el trapo y se dirigió de nuevo hacia mí. Me levanté un poco sobre las patas traseras, y giré sobre mí misma, para eludir la acción de Cliff a quien poco le faltó para caerse al suelo. Le propiné un golpecito leve con la trompa, y el golpe bastó para levantarle los pies del suelo. Cayó cuan largo era sobre el cemento. Estaba irritada. Se había planteado una lucha entre los dos, y Cliff todavía sostenía el maloliente trapo en las manos y se había puesto de rodillas.

Con mi pata izquierda le propiné una patada, floja, apenas un empujoncito. Le di en un

costado y oí un sonido de ruptura como el que producen las ramas al quebrarse. Después de este golpe, Cliff se quedó quieto y no volvió a moverse. A mi olfato llegaba un horrendo hedor a sangre mezclado con el hedor dulzón y mortífero. Fui al rincón delantero de mi jaula, lo más lejos que pude del maloliente trapo, y me tumbé, en un intento de recuperar mis fuerzas gracias al aire fresco. Hacía frío, pero ello tenía poca importancia. Poco a poco, comencé a tranquilizarme. Ya podía respirar. Por unos instantes sentí el deseo de levantarme y de aplastar a Cliff con mi pata, pero no me quedaban fuerzas para ello. Estaba rabiosa. Pero poco a poco la rabia desapareció. Sin embargo me sentía tan alterada que no podía dormir. En el rincón, sobre el cemento, esperé el alba.

Y éste es el lugar en que ahora me encuentro, en el rincón de mi jaula de hierro, sobre el cemento, en este lugar en el que tantos años he pasado. La luz aparece despacio. Primero veo la conocida figura del viejo que da de comer a los dos carneros almizcleños. Empuja un carrito, abre otra jaula en la que hay otros animales con cuernos. Por fin pasa ante mi jaula, y me mira dos veces, y dice una frase en la que distingo la palabra *Corista*, con expresión de sorpresa al verme tumbada donde estoy. Luego ve el cuerpo de Cliff.

-¿Cliff? ¡Cliff! ¿Qué te pasa?

Parece que la jaula no está cerrada con llave, y el viejo entra, se inclina sobre Cliff, murmura algo, se lleva la mano a la nariz, y saca de la jaula, arrastrándolo, el maloliente trapo. Luego, echa a correr, gritando. Me pongo en pie. La puerta de la jaula está entornada. Paso junto al cuerpo de Cliff, empujo con la trompa la puerta y salgo de la jaula.

El parque está desierto. Es agradable caminar de nuevo sobre tierra, como no lo había hecho desde que suspendieron los paseos semanales hace ya tiempo. La tierra seca incluso parece suave. Me detengo para alzar la trompa y arrancar unas cuantas hojas de un árbol, y comerlas. Estas hojas son duras y espinosas pero, por lo menos, también son frescas. Aquí está la fuente circular ante la que nunca me permitían detenerme ni beber de ella, en las salidas semanales. Ahora, me tomo unos largos y frescos tragos.

Detrás de mí oigo voces excitadas. Estás voces suenan, sin la menor duda, en mi jaula, pero no me tomo la molestia de mirar hacia allá. Gozo de mi libertad. Encima tengo un gran cielo azul, todo un mundo vacío me cubre. Entro en una arboleda en la que los árboles están tan juntos que me rozan los costados. Pero hay pocos árboles y pronto salgo de entre ellos, y entro en un sendero de cemento, en donde monos y micos enjaulados me miran con los ojos desorbitados y parlotean pasmados al verme pasar. Un par de monos se apelotonan en el fondo de la jaula, como dos peludos amigos. Monos grises me dirigen agudos chillidos, luego vuelven hacia mí su azul trasero y huyen asustados hacia el fondo de la jaula. ¿Será que a alguno de ellos le gustaría subirse a mi lomo, y pasear de esta manera? Recuerdo esta escena aunque no sé localizarla. Arranco unas flores y me las como, sólo para divertirme. Los monos negros con largos brazos sonríen y ríen, agarrados a los barrotes, moviéndolos hacia arriba y hacia abajo, para armar ruido.

Me acerco a ellos, y sólo se asustan un poquito, ya que sienten más curiosidad que miedo, y yo enrosco la trompa alrededor de dos barrotes y tiro de ellos hacia mí, arrancándolos, luego hago lo mismo con un tercer barrote, con lo que los monos pueden salir corriendo de la jaula.

Chillan y ríen, saltan por el suelo, ayudándose con las manos. Uno de ellos me coge la cola con aire travieso. Dos se suben con deleite a un árbol.

Pero oigo pasos no sé dónde, sonidos de pasos corriendo, gritos.

-¡Ahí está! ¡Junto a los monos!

Me vuelvo para enfrentarme con ellos. Un mono, sirviéndose de mi cola para ascender, se encarama en mi lomo. Me da un manotazo en el hombro. Quiere dar un paseo. El mono parece carecer de peso. Dos hombres, los mismos de ayer, con largas armas, se acercan corriendo a mí, se detienen, resbalando sus pies sobre la tierra y levantan las armas. Antes de que yo pueda levantar la trompa en movimiento de amistad, incluso antes de que pueda arrodillarme, suenan tres disparos.

-¡No le des al mono!

Me dan a mí.

¡Bang!

Ahora, comienza a salir el sol y la parte alta de las copas de los árboles se torna verdosa, ya que no todos los árboles están pelados. Mi vista se levanta y se levanta. Y mi cuerpo se hunde. Me doy cuenta de que el mono salta ágilmente de mi lomo al suelo, y se aleja a grandes saltos, aterrorizado por los disparos. De repente me siento muy pesada, como si me sumiera en el sueño. Tengo intenciones de arrodillarme y tumbarme, pero mi cuerpo se inclina hacia un lado y me derrumbo sobre el cemento. Otro disparo me estremece la cabeza. Me ha dado entre los ojos, pero mis ojos siguen abiertos.

Unos hombres saltan a mi alrededor como antes hicieran los monos, me propinan patadas y se dirigen gritos entre sí. Una vez más veo los grandes gatos en el bosque, y en esta ocasión se abalanzan sobre mí. Luego entre las borrosas figuras humanas veo a Steve con gran claridad, pero le veo tal como era en su juventud, sonriente, hablándome, con la pipa entre los dientes. Steve se mueve despacio y con gracia. Por esto me doy cuenta de que me estoy muriendo, sí, porque sé que Steve está muerto. Es más real que los demás. Hay un bosque a su alrededor. Steve es amigo mío, como siempre. Ya no hay gatos. Sólo está Steve, mi amigo.